

Helena Araújo Leyendo y leyéndome

Cuando publiqué mi primer libro de relatos en 1970, colegas como Fernando Soto señalaron su significación política. Allí, una ciudad infestada por las moscas se dejaba describir como laberinto de miserias y obscenidades, desesperada rapiña de poder en las élites, hambre en el pueblo. Un *long-short story* que, sin embargo, pasó inadvertida para colegas como Juan Gustavo Cobo, concentrado en otros dos relatos, sobre una niña que no acaba de salir de su pubertad y una burguesa que, por tedio, se decide a cometer el único pecado que le es permitido cometer en sus rutinas de buena esposa y ama de casa. En esos dos relatos, naturalmente, había más de mí misma que en el primero. Y la tendencia a politizar era menos recalcitrante. ¿Estaba acaso más próxima de un "poetizar"? Quizás. El último de la colección describía las nostalgias de un adolescente forastero, actor de sí mismo, curiosamente andrógino. "Tu personaje habla de una manera y actúa de otra" me dijo una amiga chilena. Ese personaje, en cierto modo, se prolongaría en el Enrique Sánchez de mi novela *Fiesta en Teusaquillo*, dedicada al barrio que fuera escena de encrucijadas de la vida política colombiana en las décadas del cuarenta y el cincuenta. Enrique Sánchez vendría de esas calles, de esas avenidas memorables. Y de allí vendría también Elsa Arango, mi otro yo viajero, bohemio, artista, amante. ¿Se trataría acaso de una autoficción? En una lectura de esa novela Juan Manuel Marcos señaló el desgarramiento de Elsa entre su "compañerismo" con Enrique y su relación sadomasoquista con un político de izquierda. De nuevo, al escribir, fue en los monólogos de esa pasión donde hallé claves de mis abismos y mis laberintos: las analogías dieron a ese torrente de palabras una estructura de sentido. "Todo pasa a través de la impresión exaltada de Elsa, que fantasea," dijo Tomás Stefanovics. "Prosa inmediata, degollada a ratos," dijo Beatriz Pottecher. "La fiesta es el universo del cual Elsa intenta escapar," dijo Alicia Miranda, "y lo logra sólo en tanto que recuerda su pasado."

¿Sería para mí la narrativa una manera de recrear un pasado? Estaría comprometida con la autoficción? A las mujeres siempre se nos han achacado los "cuadernos," los "apuntes," los diarios íntimos y demás variantes de esa "sensibilidad" que constituye un atractivo obligatorio, aunque poco apreciable. Sin embargo, esa "sensibilidad" está muy próxima a una subjetividad que conduce al sondeo del subconsciente. ¿Se le rechazará por eso en una época tan proclive a la exteriorización de todo discurso? Autoficción y vida sexual, autoficción y tabú. En las mujeres el enfrentamiento a tradiciones y normas proscribió un itinerario consecuente o lineal: hay vacilaciones, rupturas, súbitas tomas de conciencia en el relato. Quienes cargamos con una infancia de niñas católicas y pudentonas, intentamos escribirnos y describirnos al ritmo de esos traumas, asimilándonos a ese género, el autobiográfico, en que por fin narradora y protagonista llegan a reconocerse en el uso de la primera persona. ¿Admitirlo? Tal vez por esos procesos de la gazmoñería ambiente sentía yo el español, mi propia lengua, como una presencia constrictiva y castradora. Cuando no se me antojaba solemne y pomposa, me sabía a sermón y a catecismo. Entonces, devorando por turno autores franceses y anglosajones, comencé a escribir en los idiomas que leía. Sólo más adelante, al iniciarme en la crítica literaria, consentiría en un castellano funcional, que esgrimía con prudencia, temerosa de relatarme (delatarme), de incurrir en intimismos o lirismos, de enrumbar mi texto por derroteros imprevistos.

¿Adivinarlo? Sería la lectura de latinoamericanas y colombianas lo que me enseñaría que el cuerpo constituía para unas y otras una fuente de aprendizaje, aunque su saber pudiera resultar obsesionante y peligroso. ¿Sería posible? Lo que adivinaba yo en mis colegas lo había ya presentado en mi propia narrativa. Si mis novelas eran de contexto social y político, mis relatos indagaban más profundamente en

lo reprimido e inhibido por una ética católica burguesa. Una primera serie que titulé *La Carta Abierta* y fue voluntariamente repartida en revistas y publicaciones colombianas o francesas, me colocaría finalmente ante el dilema de poetizar politizando o politizar poetizando. ¿Confesarlo? Allí la construcción de un imaginario trasgresor postulaba una mirada inconformista en un código adensado de términos irreverentes: lo vital, como obsesión reiterada eludiendo todo mensaje convencional, pretendiendo que lo desordenado y lo espontáneo crearan su propia estructura de sentido. Sobra decir que allí el protagonismo se lo ganaban jóvenes mujeres hartas de su rol subalterno en el hogar o muchachos adolescentes en los primeros desvaríos de una vocación que podía ser artística o política.

¿Anticiparlo? La segunda serie de relatos reemplazaría el acto de rebeldía por el del viaje "iniciático," otorgando prioridad a las hembras pero incluyendo protagonistas masculinos de cierta envergadura. Así, el joven francés obsesionado por la reencarnación y dispuesto a trasladarse al Nuevo Mundo. ¿Cómo adivinar que acabaría repitiendo en Bogotá el destino trágico de un prócer libertario? En cambio, un periodista español de compañera fotógrafa se empeñaría en un reportaje sobre una aldea alpestre que debería enfrentarlo —tras el interminable viaje en tren— a la disyuntiva de un ménage à trois. Bueno, el trayecto hacia una conducta heroica, insólita o licenciosa, resultará aún más evidente en la contraparte femenina, cuando cierta respetable cuarentona de la provincia helvética conoce durante una estadía en San Francisco de California al quiropráctico que alivia sus dolores lumbares con masajes "especiales," o cuando la joven profesora mexicana contratada por una universidad californiana osa aceptar los galanteos de un israelita que se aloja en un apartamento vecino al destartado motel donde ella misma cree haberse refugiado del ambiente académico. *Catoctin* se llama el motel, y *Catoctin* se titula la colección de cuentos viajeros hoy listos para editarse en un volumen de discurso humorístico, rebelde y picaresco.

Bueno, humorística, rebelde y picaresca sería también mi novela *Las cuitas de Carlota*, editada en Barcelona en el 2003. Año el 2003, en

que se habló mucho aquí y allá sobre cierto género de narrativa: la autoficción. ¿Osaré confesar hoy en día que mi novela *Las cuitas de Carlota* tendría que haber sido uno de los testimonios feministas redactados en el Viejo y Nuevo Mundo contra lo que llamábamos "la opresión por la función"? Sin embargo, en el pasado, cada vez que yo ejercía una semántica justiciera lo que escribía terminaba en la papelera. ¿Admitirlo? *Las cuitas de Carlota* sería un intento improvisado —pero sincero— de autoficción. Sí, sí, a lo testimonial se añadiría lo imaginario, a lo biográfico lo fabuloso, a lo real lo quimérico. Aunque sin excluir la broma, el sugerimiento, la simpatía.

¿No lo señalarían así las colegas? Para la muestra, basta citar algunas:

"Araújo nos sorprende con una novela cuyo título folletinesco prefigura el tono paródico y la ironía empleada a lo largo de la narración. La autora evoca una ciudad que se pierde en la niebla del recuerdo: Bogotá años sesenta, ciudad provinciana que somete a la protagonista con las rígidas e hipócritas —en tanto sutiles y violentas— fórmulas sociales de la clase alta. La ciudad es entonces ese lugar del que debe huir para defender su identidad y esta es la opción elegida por Carlota, criatura que adopta diferentes rostros a lo largo de su vida de esposa engañada, amante trágica, terrorista improvisada, hasta que logra construirse un yo como pintora y aficionada a la literatura, como narradora que afina el estilo en cartas enviadas a su prima."

"Carlota permanece atada a las relaciones familiares, a los vínculos que le impone la clase alta a la que pertenece y se debate en una lucha que por momentos parece infructuosa, intentando romper con un marido que la ahoga y con una familia que pretende manejarle la vida; mientras que su prima se une a un hombre con convicciones políticas de izquierda, enfrenta con él toda la problemática que supone tal decisión y termina separada del marido y viviendo en Estados Unidos."

"*Las cuitas de Carlota* se convierte en una novela ya no autobiográfica, sino de autorretrato, donde el personaje y sus acontecimientos se desenvuelven con la misma torpeza y falta

de claridad con que la vida actúa, personajes que no saben que ignoran todo menos que no saben y que ignoran; sabios y certeros en esta postura nueva. Una novela que se cierra con la promesa de más palabras, de más diálogo entre la narrataria (Elisa) y quien le escribe (Carlota). Abrirse al diálogo con el otro, ese tú implícito en la escritura"

"*Las cuitas de Carlota* es una obra de iniciación que no tiene las ínfulas de la gran literatura y que juega con múltiples elementos de un bien dominado quehacer literario, un homenaje al romanticismo, en un epistolario escueto y carente de toda sensualidad; la creación de una especie de antipicaresca con una "pícaro" que, más que aprovecharse, ha dejado que se aprovechen; un testimonio de opresión en el que la oprimida parece no darse cuenta de tanta injusticia. Es en esta exploración de tipo genérico en donde se encuentra el valor literario de una novela difícil de descifrar a pesar de su enmascarada simplicidad."

Ahora bien, agregaremos para concluir estas notas, que ideal y utópicamente, la escritura no debería tener sexo. Como lo pretendía Virginia Wolf, podría ser andrógina. Sin embargo –y Wolf también lo admitió– los signos de regímenes patriarcales y falocráticos han dejado huellas. Expresarse auténticamente es una aventura para mujeres antes acondicionadas a normas, ceñidas a postulados reglamentarios y obligatorios. ¿Cómo superar el acondicionamiento que nos infligiera otrora un estilo de elaboración literaria? ¿Cómo ignorar que el rescindir de ciertos "modelos" involucra un proceso difícil? Ya va siendo hora de contemplarnos al margen del exceso intimista, el narcisismo primario. Y hallar los valores semánticos de una libido antes censurada. Entonces, sí, podremos, podré escribir/escribirme, compartiendo la aventura con quienes me leen. Tendiendo un puente que defe de ser ilusorio en la medida de que lo que va y viene se está mezclando al rumor de lo que fluye más abajo, más profundo.

Notas:

¹ Algunas ideas y datos bibliográficos de este texto, están en un testimonio titulado "Yo escribo, yo me escribo," publicado por la *Revista Iberoamericana* (Universidad de Pittsburg No. 132-33, 1985) Las notas de Soto, Cobo, Stefanovics y Pottecher, salieron en el Magazín de *El Espectador* y en Lecturas Dominicales de *El Tiempo* durante 1982. La de Juan Manuel Marcos en su libro *De García Márquez al postboom*, Orígenes, Madrid, 1986. La de Alicia Miranda en su libro *Sílabas azules*, San José, Costa Rica, Editorial Guayacán, 1991.

² Autoras citadas y textos sobre la novela *Las cuitas de Carlota*:

Triviño Consuelo: *Rostros de una Mujer*, ABC, Madrid, septiembre 19, 2003

Ardila Emma Lucía (reseña), *Revista de la Universidad de Antioquia*, Medellín, (Colombia), No. 280, 2006, p. 110.

Pérez Sastre Paloma y Giraldo Claudia Ivonne, "¿Cómo halar esa palabra que soy yo misma? –Acerca de la obra de Helena Araújo," en la misma publicación, p. 73.

Abdala Mesa Yohainna, *Las cuitas de Carlota* o la transgresión de la frontera del relato de sí, para ser publicado en la edición de otoño (2006) de la revista literaria *Caravelle*, Université de Toulouse-le-Mirail, Francia.